

Al caer la tarde sobre la vieja ciudad de Jerusalén, las luces se van encendiendo en el interior de esas murallas que levantaron los grandes reyes de Israel. Es el momento en el que el sol se va poniendo por el monte Gólgota, allí donde dicen que continúa enterrada la calavera de Adán. Todo invita a la paz en ese momento único en el que quizás podamos cruzarnos con los apóstoles que van camino del cenáculo y dejar que –con la voz entrecortada de quién camina presuroso– nos susurren al oído que vamos hacia la Pascua. Sus palabras nos suenan a misterio y a Verdad, tanto en las calles de Jerusalén como en las calles de nuestra Zaragoza. Sus ecos nos confirman que estamos haciendo el camino del Señor. Nos están diciendo que la vida cristiana es hacer ese camino. Y, por eso, sus palabras suenan a miel y a brisa, porque cuando Dios nos habla es que Dios nos está amando.

ACOGER LA PALABRA

Y mientras tanto, la tarde se llena de solemnidad a orillas del lento discurrir del río Huerva. Todos hemos venido caminando por estas calles cargadas de historia, dejando que nuestra mirada trascienda el momento y busque descubrir la mano de Dios. Nuestros pasos ahora son el libro de nuestra vida. Un libro que acaba de pasar página al atravesar las puertas de esta centenaria iglesia, donde se custodia la fe de muchas generaciones. Y en esa página hemos descubierto la mirada del Señor. La mirada dulce e intensa que nos dice que ha llegado el tiempo de responder a Tu llamada; que nos enseña que existir es responder porque sólo existimos en la respuesta. Y sentimos ganas de rezar, quizás solamente de escuchar el silencio como hicieron aquellos asustados apóstoles en la noche de Jerusalén. Es el tiempo de descubrir que orar es dejarnos mirar y sentirnos elegidos por ti Señor. Al final hemos comprendido que nuestra vida no es otra cosa que tu mirada de Nazareno impresa en nosotros.

Y todo cobra sentido en la palabra, porque ahora desde el fondo del alma nos salen palabras de vida y de verdad. Palabras que nos permiten acoger al hermano, proclamar la paz y anunciar que existir es estar iluminado por Dios. Por eso, queremos utilizar la palabra, el gran don que nos has dado, para compartir y para agradecer, porque en esta noche santa hemos alcanzado la mirada de Jesús en tus ojos de Nazareno. Y eso nos ha llenado de paz. Por eso, humillando las palabras hasta que besen tus plantas con la ternura de las manos que te acarician, queremos proclamar que tú, Jesús de Nazaret, eres nuestra oración y nuestra vida, nuestra esperanza y nuestro camino.

El mundo se ha detenido sobre Jerusalén y sobre San Miguel de los Navarros para escuchar esta humilde proclamación de la palabra en la que te vamos a pedir sólo una cosa: que sigas aquí al alcance de nuestras manos -llenas de dudas pero repletas de confianza- para bendecir la fe de los que vivimos a ras de tierra, para acompañar los momentos difíciles y para bendecir la alegría. Como diría el poeta para *“tejer y destejer tanto amor, tanta luz, tanta alegría”*. Como te diría la anciana que todas las tardes recorre las calles del barrio para acariciarte los pies -levantando casi a hurtadillas tu túnica morada- para darnos tanta seguridad, tanta confianza, tanta esperanza.

SEÑOR DE LA HISTORIA

Y aquí nos tienes Jesús de Nazaret una vez más, porque queremos recordar contigo ese itinerario que te trajo desde tierras lejanas a nuestra casa, a nuestras vidas. Venimos Señor ante ti como lo han hecho nuestros padres y abuelos, pero en esta ocasión llegamos en la víspera de celebrarse los setenta y cinco años de aquel marzo de 1945 en el que nuestros mayores decidieron celebrar contigo el comienzo de una historia apasionante. Un relato hermoso en el que el único protagonista fue la capacidad que tiene el ser humano de ser generoso y de construir esperanza sobre las lágrimas del dolor. Hoy de Oriente a Occidente, de Norte a Sur, muchas ciudades han hecho un alto en el camino para acercar sus manos hacia ti, para buscar esa energía que emana de tu presencia, para sentirse parte de tu historia.

Tu que lo sabes todo, Señor de la Historia, acaso puedas susurrarnos lo que –en verdad- sucedió el año 1681 cuando el sultán alauita Mulay Ismail logró conquistar Mamora, una fortaleza española que –setenta años antes- se había bautizado con el nombre de San Miguel de Ultramar. Es curioso Señor que tu historia nazarena comience y concluya en la cercanía del arcángel san Miguel. Que tu entrada en la historia sea sobre el desamor y el odio de aquellas gentes que te arrastraron por las calles de Mequinez, para romperte y destruirte en aquel rincón marroquí de las montañas del Atlas.

Pero, también es curioso que al final te convirtieras en la historia emocionada de un fraile trinitario que se entregó como rehén para conseguir Tu redención. Corría el año 1682 cuando fray Pedro de los Ángeles pidió comprar tu imagen, pagando como rescate tu peso en oro. Y lo logró. Y nos cuentan las crónicas que los asaltantes te pesaron una y otra vez. Que se miraron asombrados en aquel patio castigado por el sol del desierto y no entendieron nada. Una y otra vez las básculas –las romanas- dijeron que pesabas tan poco que tu valor sólo era de treinta monedas, curiosamente las

mismas que iniciaron el camino de la Pasión en la noche del huerto de Getsemaní. Aquellas monedas en las manos de tus maltratadores permitieron subirte al barco y partir desde Ceuta a las tierras de España. Las olas del mar mecieron el viejo galeón de madera en cuyas bodegas viajabas. Las gaviotas saludaron tu paso mientras la brisa marina hinchaba aquellas velas blancas como la nieve.

Y al final llegaste aquí no sé cómo, pero estoy seguro que Tu sabes lo que pasó y lo que no pasó, porque fue tu mano la que escribió la crónica de tu viaje hasta esta santa ciudad de los innumerables mártires. En el fondo no nos importa si había 17 tallas o una, tampoco saber si las manos que te tallaron eran sevillanas. Lo que nos importa es saber que llevas siglos con nosotros y que –al final- acabaste en este recinto sagrado que honra la memoria de San Miguel, ese santo que daba nombre a la ciudad marroquí en la que estabas hace cuatrocientos años. Tengo que confesarte, que hoy no podemos dejar de agradecer que san Miguel te acogiera al principio en tierras de Marruecos y que san Miguel te acogiera al final en las llanuras de España.

Por eso hoy, al iniciar el mes de marzo buscamos tu mirada serena, evocamos tu llegada a nuestra vida. Estamos en marzo y afuera –en tu plaza- los árboles florecen tímidamente anunciando que vendrá la primavera, que la vida volverá a vestir de color y de olor el mundo que nos rodea, que las mañanas y los atardeceres nos volverán a mostrar la grandeza de tu Creación.

SEÑOR DE LA EMOCIÓN

Dice el poeta Santos Torroella que la primavera sólo es *“la sonrisa del Señor”*. Y seguro que en esa Zaragoza del año 1759 el cierzo paró su lamento para escuchar con atención a un grupo de gentes que –el lunes 25 de marzo- reunidos en el oscuro locutorio del convento trinitario fundaron la Esclavitud de Jesús Nazareno. Recordarás Señor que “el Prudente” Fernando VI estaba agonizando en su locura y que su hermanastro comenzaba a tomar las riendas abriendo el reinado de Carlos III. Fue el momento en el que la puerta del Carmen fue testigo del entrar y salir de gentes de la nobleza, del ejército y de las artes –incluido el propio Francisco Bayeu que era admirado por sus pinturas- que recorrían los caminos de las afueras de la ciudad. Esos caminos con tapias que llevaban a la vieja capilla del Sepulcro junto a la que se extendía el convento y las extensas huertas de los Trinitarios, enfrente de lo que hoy es el Museo Pablo Gargallo.

Al comenzar la tarde el marqués de Lierta ha llegado en su carroza azul y oro, acompañado de los condes de Bureta y Fuenclara, con su pariente el marqués de Ayerbe. Poco después, paseando y hablando, han llegado otras gentes con el capellán fray Miguel de San Lucas. Dentro del convento los trinitarios han dispuesto limonada y chocolate con vainilla para obsequiar a tantos ilustres visitantes. Todos están nerviosos y en la mesa hay papeles anotados que hablan de acciones que permitan reparar las ofensas sufridas por la imagen de Nuestro Padre en tierras africanas. Se quitan unos a otros la palabra, pero todos quieren que tu imagen procesione por las calles de esa Zaragoza, en la que ellos –como ilustrados y fundadores de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País- están empeñados en que se luche contra la pobreza y la ignorancia, contra el abandono de los niños y la marginación de los enfermos, contra el desprecio a los pobres.

Y con ellos te convertiste en el Nazareno de Zaragoza y al final tuviste que recorrer tu ciudad en aquel domingo de Ramos de 1759, saliendo de tu convento al caer las cuatro de la tarde, a hombros de los frailes trinitarios que no te soltaban. Contemplando torres y huertas entraste en la ciudad por la puerta del Carmen, recorriste sus calles y recogiste oraciones en balcones y ventanucos. Delante iba el estandarte que llevaban los nobles, detrás los doscientos esclavos que habían recibido el escapulario. Ellos iban abriéndote el camino. Siguiendo tus pasos iba el pueblo con velas. Toda la ciudad estaba en la calle, toda la ciudad se sentía de la Exclavitud, toda la ciudad te miraba con emoción, con la emoción que produce descubrir al eterno Nazareno.

Tu recorrido fue una llamada al perdón, un canto a la lucha por liberar a las gentes del odio y la incultura. En esa tarde Señor eras el Rey de una ciudad que también olía a fragancias de Jerusalén. El paso de los penitentes bendijo las calles y luego, al caer la tarde, las velas iluminaron las murallas de barro camino de tu casa, de esa iglesia de la Encarnación en la que iniciaste tu andadura en las tierras que visitó tu madre María de Nazaret. Aquella puesta de sol, cuando al poniente el cielo se pintó de rojos como si fuera una obra de ese muchacho feligrés de tu parroquia llamado Goya, tu Humildad caminó por el exterior de la ciudad. Y a Tu paso, no faltó quien pensó que –una vez más- Tú, Jesús de Nazaret, habías salido a las periferias de la ciudad para curar heridas y oír el grito de auxilio de los empobrecidos. Aquella tarde del 17 de abril de 1759 tu paz inundó Zaragoza y acarició a los marginados. Tu presencia anunciaba esa misma primavera que proclamaba el Cantar de los Cantares (2,11-12) cuando decía “*se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido*”.

*“Sube el Nazareno, sube el buen Jesús,
Sube hacia el Calvario, sube con la Cruz...”*

SEÑOR DEL DOLOR

Sabes que todos entendieron que eras necesario en la construcción de la nueva ciudad ilustrada, que tu mirada era el mejor apoyo en la lucha por la dignidad del ser humano. Tus esclavos apostaron por liberar cautivos en tu honor. Tu arzobispo, Añoa del Busto, apostó por dar unas *Ordinaciones* que introdujeron –por primera vez- la presencia de la mujer en la cofradía, en un tiempo en el que nadie apoyaba la inclusión de la mujer en la vida institucional salvo aquellos hombres ilustrados que –guiados por tu sabia mano- luchaban por la igualdad de la mujer desde la Económica de Amigos del País con una escritora pionera y además feligresa de esta parroquia de San Miguel que se llamó Josefa Amar y Borbón.

Hombres y mujeres, nobles y agricultores, artesanos y militares se ponían en camino en las mañanas del final del verano, cuando –el 14 de septiembre- tu Señor procesionabas por la ciudad recordando la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Entonces Tú eras incluso la Cruz que todavía no llevas. Como, dijo san Juan Pablo II eras esa cruz *“en la que se muere para vivir; para vivir en Dios y con Dios, para vivir en la verdad, en la libertad y en el amor, para vivir eternamente”*.

Pero, un día la tarde se llenó de nubes en lontananza y de miedo en el corazón cuando la guerra de la Independencia asomó a las calles de Zaragoza. Tú lo sabes bien, porque tuviste que huir al interior de una ciudad que quiso convertirse en tu caja fuerte, que quiso hacer de ti su tesoro. Los invasores destruyeron tu iglesia y tu casa, cumpliendo aquellas palabras de san Mateo *“vuestra casa se os quedará desierta”* (Evangelio, 23, 36). Los frailes trinitarios, ancianos y pocos, no pudieron buscarte casa. Por eso, todos tus hermanos de la Congregación del Nazareno, en aquella intempestiva tarde del viernes 2 de octubre de 1818, se reunieron en el amplio salón de los espejos de la casa del barón de Purroy buscando una solución. Y comenzó un peregrinar que te llevó a la Real Capilla de Santa Isabel y al barrio de la Verónica, en busca de la vieja casa e iglesia de San Juan el Viejo, castigada con sus tejados desgastados, en el intrincado dédalo de las callejas de la antigua judería. Y cuando nos habíamos acostumbrado a esas calles estrechas, en las que el incienso distribuía una niebla milagrosa por entre la que parecía que ibas caminando casi sin pisar tus andas, vuelta a empezar. Volvieron a sacar el estandarte y atravesaron un vez más las puertas de la

muralla de tierra para buscar –fuera de Zaragoza- los conocidos caminos entre las tapias de piedra del poniente. Volvías Señor de la Historia a tu casa, atrás quedaba una ciudad destrozada. Y tu caminabas con el dolor de tantas gentes agarrado entre tus manos, con la mirada triste por tantas ruinas y destrozos.

Pero entre aquellas gentes que te llevaban a hombros, que te rezaban andando el camino, ibas tranquilo porque sabías que ibas a volver. Sabías que la ciudad que había levantado el primer templo del mundo dedicado a tu madre, era tu ciudad, tu casa, tu mundo. Un mundo que se rindió siempre a tus pies como no lo hizo con ninguna otra cofradía. Tanto en la fiesta de la Exaltación de la Cruz –donde bendecías los campos y la huerta- como en la procesión del Santo Entierro, desde ese año 1858, en el que escoltado por tus hombres y mujeres de túnicas moradas (por las gentes que juraron no apartarse de Ti), bendices las casas y las plazas, a las gentes que se inclinan a tu paso oyendo esas saetas rezadas desde esos balcones que lucían velas para iluminar las colchas que los engalanaban.

SEÑOR DE LA GLORIA

Mientras tanto, el ruido y el dolor de la guerra se evaporaron con el incienso de tu peana y todos recuperamos el valor del silencio para meditar, para contemplar la misericordia de Dios en esas noches, primero del miércoles santo desde 1940 y luego del lunes santo desde 1942. En esos días cuando en silencio salías de la iglesia de Nuestra Señora del Portillo que te acogía muy cerquita de tu casa de siempre. La luna se recortaba en la noche gracias al cierzo que – siglo tras siglo- acaricia la Semana Santa zaragozana, juega con vuestros velos y terceroles. Cuando el reloj de la Seo anunciaba las once y media, las puertas se abrían de par en par y salías a hombros de tus esclavos, que tienen ese andar cansado y firme de los agricultores del viejo barrio de San Pablo que sabían trabajar de sol a sol. Tus esclavas ponían la luz que iluminaba la marcha, sus velas eran el testimonio de que quizás caminamos en busca de la Luz sin saber que Tú eres nuestra luz. Y así año tras año, tras el estandarte de la cofradía caminas tu Señor mirándonos a los ojos. Y también caminan tus hijos y los fieles que sienten el frío de la noche en los pies que han descalzado por esas promesas y peticiones que llevas en tus atadas manos como si fuera tu mejor tesoro. Como dijo aquella saeta que rasgó el silencio de la noche,

CORO CORO CORO CORO CORO

*“Cautivo llega Jesús
a recorrer nuestras calles,
¡quién pudiera de rodillas
esas manos desatarle!”.*

Y en este ir y venir, un día de 1943 saliste de ese templo que custodia el portillo de la vieja muralla para no volver. Los 96 esclavos buscaron los caminos que llevaban al paisaje de la campana de los perdidos, hacia ese paisaje del Este de la ciudad que cada día saludaba al sol naciente. Llegaron buscando el cobijo de la vieja iglesia de San Miguel de los Navarros que era un espacio cargado de historia y de fe. La mano del consiliario Valls Canales lo había logrado del arzobispo Rigoberto Domenech y por fin tú –Señor- volvías a casa, a la que era tu casa predeterminada desde la eternidad aunque curiosamente nunca habías estado aquí. Concluías ese peregrinar que comenzó en la antigua ciudad de San Miguel Arcángel en las lejanas tierras africanas que se asoman al océano Atlántico. Y de san Miguel a san Miguel. Ya estaba decidida la partida. Bajo la puerta que protege el arcángel guerrero saldrán todos tus esclavos en la madrugada del lunes 3 de abril de 1944, después de rezar el Viacrucis por los prisioneros y encarcelados, en un meditando las palabras del solemne Miserere.

Fue una noche muy especial, una noche en la que el incienso te envolvió bajando por las calles de la Reconquista o del Heroísmo, camino de esa plaza de la Universidad donde tus esclavos se comprometieron con la devoción a la Magdalena que nos acompaña desde 1956, un año después de que los tambores rompieran la noche porque en cada redoble de ellos ya sabes que queremos recordar aquella tarde en el Gólgota. El momento en el que el cielo se rasgó, la tierra se abrió y tu espíritu rompió las puertas del infierno recuperando las almas de los justos.

Paso a paso, redoble a redoble, haciendo del ruido oración en el silencio emocionado, vamos caminando contigo por una ciudad que te quiere y a la que tú quieres. Vamos bien acompañados, porque con nosotros caminan los que arrastran cadenas, los que sufren y los que rezan en silencio, incluso a veces parece que va jugando con el humo del incienso la memoria de aquellos esclavos y esclavas que nos abandonaron, que peregrinaron a la eternidad convencidos de que lograrán el premio: ver cómo se caen tus ataduras y entonces abres las manos para acogerlos, abrazarlos, quererlos.

Como puedes ver, todos te hemos seguido con la emoción de saber que tienes tiempo para estar a solas con cada uno de nosotros. Que quieres darnos turno para ese encuentro sincero, cara a cara, que nos permite aprender a vivir la

paz. Esa paz infinita que haces posible, la misma que Francisco Martínez ha descrito como *“la paz del hombre consigo mismo, la paz de los hombres con los hombres, la paz del hombre con Dios”*. Mirando tu cruz trinitaria que identifica en el blanco, el azul y el rojo, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, seguimos aprendiendo que la Pascua es memoria, misterio y profecía. Contemplando la cuerda con la que vas preso, entendemos que la vida de la Iglesia es tu Resurrección, tu triunfo sobre la muerte. Observando tu túnica cobran valor los exégetas que explican cómo la túnica inconsútil simboliza la unidad de la Iglesia. Y Tú allí, quieto y firme, con el cíngulo y la corona de espinas que –como escribe Fernando Galtier- evidencian que ya has sido sentenciado en el Pretorio y estás a punto de iniciar la Vía Dolorosa.

Por eso, te acompañamos desde hace siglos, al caer la tarde del lunes, cuando el azul del cielo se viste de solemnidad. Salimos a caminar contigo para compartir palabras y emociones, para proclamar que nos hemos reunido en el nombre del Señor. Aunque a veces pienso que eres Tú quien nos has reunido para mostrar al mundo que Tu compañía es alegría, esperanza, emoción. Y por eso, cuando el calendario inaugura el mes de marzo –en ese día que recuerda el viernes- venimos a tu casa. Vienen los que quieren ir protegidos por tu escapulario, vienen los niños que sonríen felices cuando alcanzan de tu mano la mayoría en la fe de la cofradía, vienen desde sus camas soñando con los ojos cerrados los enfermos que surcan el espacio con la inmensa fe del creyente..., llegan todos los que simplemente necesitan mirarte a los ojos para renovar nuestras energías... Somos sencillamente hombres y mujeres a los que tu mirada nos recibe en el templo, vigilante y cercana, generosa y profunda.

Hoy has bajado del altar, como si quisieras estar a nuestro nivel. Cara a cara, cerca, accesible. Hoy has bajado del altar para que muchas gentes puedan sentir la fuerza de tus manos recias y tiernas. Hoy has bajado del altar para decirnos una vez más que Tu proyecto somos nosotros, que tu esperanza somos nosotros, que tu apuesta se escribe con el lápiz de la generosidad y con la goma que borra el egoísmo. Hoy has bajado del altar para bendecir estas palabras que son estrellas del firmamento de nuestras vidas. Y que –en el fondo- sólo quieren ser un humilde homenaje, una sencilla muestra de nuestro cariño hacia ti, señor de la Historia y de la Vida, guía de esta comunidad que espera la Pascua con la tranquilidad de saber que tu estas aquí, entre nosotros, con nosotros y además por nosotros.

Y mirándote a los ojos no hay prisa, aprendemos a rezar despacio, sabemos que estamos protegidos. Sabemos que cuando caminamos contigo somos

más cristianos, más cercanos, más generosos, más reales. Tú nos marcas el camino y nos gusta andar junto a ti. Nazareno del alma de esta parroquia, nazareno de sus feligreses ilusionados, Nazareno de la semana de Pasión que abre las puertas en esta centenaria iglesia con lentitud, con emoción. Sumando los esfuerzos de los que ya se fueron y de los que vendrán, de la sabiduría de los mayores, de la emoción de los niños y del impulso de los jóvenes.

Nazareno que alimentas nuestra fe, ha llegado el tiempo de que los tuyos velen las armas para la batalla de la penitencia y del amor. Y que lo hagan en esa iglesia de murmullos, incienso y abrazos. San Miguel, tu arcángel, pronto abrirá la puerta de la iglesia y ante tu imagen nazarena la ciudad se seguirá rindiendo en el silencio emocionado por los siglos de los siglos.

Amén.